

Editorial

José David Cortés Guerrero*

Universidad Nacional de Colombia.

Katherinne Giselle Mora Pacheco**

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Rebeca Vanesa García Corzo***

Universidad de Guadalajara, México.

“Viajeros y literatura de viajes por América (Siglos XVIII-XIX)”

Con frecuencia, hasta mediados del siglo XVIII, la literatura de viajes era tomada como muestra de engaño, de falsificación, de fraude. Con el viaje de Charles Marie de La Condamine a Suramérica, en la primera mitad de esa centuria, en un contexto de transformación científica y de Ilustración, esto comenzó a cambiar. Los viajeros que plasmaron sus experiencias en sendos relatos se preocuparon porque ellos fueran tomados como portadores de verdad y veracidad. Para ello, emplearon diversos mecanismos como el manejo de instrumentos calibrados en la recolección de información; la revisión de fuentes primarias; diálogos y entrevistas con personajes a los que creían relevantes y consideraban como autoridades en las regiones que visitaban. En fin, buscaron sustento para su argumentación. Esto es más que evidente en la experiencia de Alexander von Humboldt quien, con su viaje, se convirtió en el arquetipo de los viajeros que le siguieron en su experiencia.

Con la independencia de las antiguas colonias españolas en América, el arribo de personas provenientes de diversos lugares de Europa y América del Norte aumentó considerablemente. Las causas que motivaron el traslado de esas personas a las nacientes repúblicas fueron variadas; las más frecuentes fueron la misión diplomática, el viaje de negocios, la exploración científica, la peregrinación o el ocio. Muchas de estas personas no escribieron sus experiencias en relatos de viajes; otras, las menos, sí lo hicieron. Esos relatos conforman lo que se ha denominado literatura de viajes y que, hasta hace poco, se reducía a la denominación “diarios de viajes”. Decimos que se reducía pues fueron varias las formas que los relatos tomaron. Además de los diarios, que como su nombre lo indica exponen el relato sistematizado a partir de la línea temporal o cronología, están las memorias de viaje, la correspondencia y las autobiografías. Las memorias suelen ser la forma más común que toman las experiencias narrativas.

* Profesor asociado, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

** Profesora asistente, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, sede Tunja.

*** Profesora titular, Universidad de Guadalajara, México.

Historiográficamente hablando, la literatura de viajes se convirtió en fuente recurrente para los investigadores del pasado. Los datos que ella contiene muestran aspectos de la vida política, social, económica, cultural, religiosa, educativa, entre otros muchos aspectos, de las sociedades de destino de los viajeros. Siguiendo esta tendencia, los historiadores comenzaron a escribir sobre cómo los viajeros vieron uno o varios aspectos de la sociedad. Esa fue, tal vez, la forma primigenia y primordial en que los historiadores entendieron los relatos de viaje, la reducción a la fuente histórica. Como es obvio, esta manera pasó por alto, muchas veces, el lugar de enunciación del viajero-escritor, la contextualización de la fuente y, peor aún, la contextualización del escenario sobre el cual ese viajero discurrió. Encontramos, así, textos que aludían a la mirada de los viajeros sobre X o Y tema, en X o Y escenario, a lo largo de una centuria, por ejemplo, el siglo XIX. Estos textos dejaban de lado los aspectos atrás mencionados, llegando a presentar interpretaciones ahistóricas y anacrónicas.

Otra tendencia historiográfica dejó atrás la literatura de viajes como una fuente *per se*, y pasó a verla como una construcción que debía entrar en diálogo con los habitantes de los escenarios o zonas de contacto del viajero, mostrando, incluso, reacciones de estos ante las perspectivas y visiones de aquél. Esta tendencia se ubica en la posmodernidad, la historia cultural, los estudios subalternos, los estudios poscoloniales, el orientalismo, entre múltiples denominaciones y escuelas. Autores como Michel Foucault, Mary Loise Pratt, Pierre Bourdieu, Norbert Elias, Edward Said, Claude Levi-Strauss, para mencionar unos pocos, se convirtieron en referentes obligados a la hora de analizar e interpretar la literatura de viajes. En unas cuantas experiencias, podemos observar cómo la literatura de viajes se supeditó a la teoría para que pudiera ser analizada por ella, relegándola a un segundo plano que podríamos denominar utilitario.

Este dossier pretende mostrar que la literatura de viajes no se reduce a una fuente primaria relevante o se subordina a un corpus teórico con el cual analizarla. Es mucho más, sobre todo por su complejidad. Los artículos que lo componen exponen, en casos particulares, que es posible una amalgama de información proveniente de la literatura de viajes, y de teorías específicas para leerla. En conjunto, los artículos cubren una temporalidad comprendida entre 1747 y 1930, y se refieren a áreas diversas de Latinoamérica, desde la Alta California hasta la Patagonia, pasando por la península de Yucatán, Honduras, Costa Rica, Colombia, los Andes ecuatorianos, Río de Janeiro y Santa Catarina en Brasil, y Concepción en Chile.

Un tema predominante en el dossier, vinculado con la historia de la ciencia, la historia cultural y la historia ambiental, sobre el cual se enfocan cuatro de los once artículos que lo componen, es la reconstrucción de las percepciones sobre la naturaleza no humana, es decir, la vegetación, la fauna, la topografía, el clima, vistos de manera aisladas o como conjuntos en paisajes. Por lo general, pero no exclusivamente, estas descripciones están ligadas a los viajes con motivaciones científicas o de exploración. En el dossier, los lectores encontrarán el artículo de **Sara Sánchez** sobre las expediciones del suizo François Machon en la Patagonia argentina en 1892, enmarcadas por los esfuerzos de blanqueamiento y colonización de la región.

La autora recalca el papel, no solo de Machon, sino de otros viajeros extranjeros y de las élites políticas e intelectuales argentinas, en la construcción de un imaginario del territorio patagónico como vacío, desierto, monótono y de tierra inútil. Sin embargo, debido a la experiencia de campo, en Machon pueden encontrarse algunos matices por las descripciones positivas que hace de áreas que, por su vegetación, le recuerdan su tierra natal. En cuanto a las poblaciones indígenas, la relación es ambivalente pues, de un lado, representa con palabras un espacio vacío mientras que, de otro lado, se lamenta del pasado perdido en el cual eran dueños de la Patagonia y se dedica a la descripción, fotografía, excavación recolección de objetos y restos humanos, que luego donaría a diferentes museos.

Un segundo artículo que se inserta dentro de esta categoría es de la autoría de **Bruno Capilé, Gabriel Paes da Silva Sales y Ana França**. A partir del análisis de algunas de las obras pictóricas de Thomas Ender, Johann M. Rugendas, Maria Graham, y Henry Chamberlain, a quienes denominan “artistas-viajeros”, demuestran que la representación de la vegetación y los paisajes cariocas entre 1817 y 1835, fue construida a partir de la interacción de tres factores. El primero, el eurocentrismo relacionado no solo con el origen de los viajeros, sino con su formación, sus prácticas y el mismo contexto de expediciones científicas. Segundo, la participación invisibilizada, pero esencial, del trabajo humano de los pobladores negros esclavizados y libres. Tercero, la presencia, diversidad y características de las plantas que crecían en la zona de Río de Janeiro, varias de las cuales habían sido diezmadas, o, por el contrario, introducidas, por las demandas del comercio atlántico.

El tercer artículo que se conecta con la reconstrucción de las representaciones de la naturaleza, lo aporta **Patricio Aguirre Negrete** con base en sus estudios sobre el viajero, científico y montañista, Edward Whymper y su ascenso al Chimborazo a finales del siglo XIX. La obra de Whymper, *Travels Amongst the Great Andes of Equator*, buscaba insertarse en las discusiones geográficas y fisiológicas que venían dándose desde mediados del siglo XVIII, y así responder a las conclusiones que habían publicado autoridades como Jean Baptiste Boussingault o Alexander von Humboldt, sobre los efectos en el cuerpo humano de la disminución de la presión atmosférica en alta montaña. Su relato de viaje es también producto de una época de auge de la literatura sobre alpinismo en su natal Inglaterra. Ese contexto, el lugar de enunciación de Whymper, la imposición de ciertos significados en la producción científica, las redes de conocimiento y difusión son algunos de los aspectos desde los cuales Aguirre conduce su análisis.

El cuarto artículo incorpora a la reconstrucción de las representaciones de la naturaleza la perspectiva de la apropiación física y el aprovechamiento de los recursos materiales de las jóvenes naciones, en concreto de Honduras, por los países en proceso de industrialización. Un fenómeno, a decir del autor, que se engloba en el fenómeno del “colonialismo sin colonias”. Así, el texto de **Rodrigo Vega** a propósito del viajero estadounidense Ephraim George Squire en Honduras (1849-1856) concentra su interés en la forma como este diplomático y naturalista amateur se dedicó a observar y caracterizar la flora de los diferentes departamentos y, particularmente, a estudiar

las producciones vegetales tanto indígenas como aclimatadas en relación con las características del territorio y su naturaleza, es decir, mediante la prospección. Para ello, un capítulo específico del libro de Squier se dedica a tal fin, lo que resulta indicativo de la relevancia dada por el viajero a la materia, con el objetivo de destacar la utilidad que pudieran presentar tales plantas a posibles inversionistas estadounidenses que ávidamente volvían la mirada hacia América Latina, como también se puede percibir en el siguiente artículo de la temática.

Por último, a esta primera categoría presentamos un artículo de dos de los editores invitados para este dossier, **Katherinne Mora y José David Cortés**, sobre las representaciones del clima colombiano elaboradas a lo largo del siglo XIX por más de veinte viajeros extranjeros. Muchos de ellos procedían de latitudes medias y eran de sectores privilegiados de la sociedad, condiciones que explican su constante incomodidad al atravesar tierras bajas, en un país atravesado por la línea del ecuador, debido al calor, la humedad, los mosquitos, las enfermedades tropicales y la supuesta “pereza” de sus pobladores. En contraste, a medida que ascendían a los Andes, el descenso en la temperatura y la frondosidad de la vegetación los llevaba a asociar lugares de alta montaña con sus regiones de origen y, sobre todo, con la civilización. En cualquier caso, y sin importar la altitud, los propósitos diplomáticos, comerciales o científicos, se tradujeron en un énfasis en las potencialidades de la variedad de climas en el territorio colombiano, especialmente para el cultivo de productos tropicales.

Una segunda línea de trabajo importante en el dossier es la historia de las mujeres. Aunque fueron pocos los casos de viajeras que publicaron sus relatos, dos de los once artículos que componen el dossier, enfocan la mirada en estas escritoras. En el primero de ellos, **Juan Carlos Esparza** analiza la obra *La Vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, escrita por la escocesa Frances Erskine Inglis, más conocida como Madame Fanny Calderón de la Barca, apellido adoptado de su esposo, el marqués Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México. Si bien el relato de esta viajera sirve como fuente para el estudio de la historia mexicana en la década de 1840, el autor se centra en la obra misma en aspectos como su publicación y recepción, así como desde una perspectiva de género.

En “Yucatán como escenario histórico en los textos de Alice Dixon Le Plongeon y Maude Mason Austin”, **Izaskún Álvarez Cuartero** compara las biografías y los relatos de estas dos viajeras por la misma región, pero con recorridos separados por más de cuatro décadas de diferencia. La británica Alice Dixon Le Plongeon estuvo en la península yucateca de 1873 a 1884, momento en el cual aún seguía activa la Guerra de Castas. Su presencia allí se explica porque colaboraba como fotógrafa y secretaria de su marido, el arqueólogo Augustus Le Plongeon, en las excavaciones de Chichén Itzá, Uxmal, Izamal y Cozumel; sin embargo, a pesar de que su trabajo ha sido opacado con el de su marido, como muestra Álvarez, no era solo una asistente y jugó un papel importante en los estudios etnológicos de la época. Por su parte, la tejana Sue Mason Austin, visitó la península en la década de 1920, cuando estaba en pleno auge la “oleada bolchevique” según denominaciones de la época. En ambos

casos, Álvarez analiza los relatos para poner de presente cómo están mediatizados por la nacionalidad, la clase y la condición de mujeres blancas.

Otro artículo que dialoga con la historia de las mujeres, y en cierto grado con la historia de la ciencia y las expediciones científicas, es el de **Diana Roselly Pérez**. Si bien no versa sobre viajeras, reconstruye las representaciones que el explorador Jean-François de Galaup, conde de La Pérouse, hizo de las criollas, mestizas e indígenas en su recorrido por varias regiones de frontera en California, Chile y Brasil entre 1785-1788. La autora señala que, si bien las apreciaciones de La Pérouse pasaban por el filtro de las opiniones generalizadas de su época, sus propias experiencias y las condiciones de los lugares que visitó, al igual que ocurre con otros relatos de expedicionarios de finales del siglo XVIII, es justamente por esos condicionamientos que se pueden reconstruir aspectos como la visión ilustrada del deber ser de las mujeres, las transgresiones desde las miradas masculinas, las labores esperadas en el ámbito doméstico y familiar, entre otros aspectos.

La tercera línea de trabajo que los lectores podrán encontrar en el dossier se enfoca en las representaciones de los indígenas y afrodescendientes y los paisajes que ocupaban. **Fernando Olvera**, desde el enfoque de la otredad, aborda en su artículo la representación de los indígenas en los relatos del militar y “pacificador” de la Sierra Gorda y La Costa del Seno Mexicano, José de Escandón, a mediados del siglo XVIII. Los objetivos de sometimiento que motivaron su recorrido llevan a Escandón a diferenciar entre “indios de paz” o “dóciles” e indios “apóstatas rebeldes”, pero, en todo caso, “bárbaros” por habitar los montes, permanecer desnudos y en guerra con otros grupos, o, en algunos casos, carecer de agricultura por obtener su alimento de la caza y la pesca. La observación de las formas de vida, el aspecto físico, la organización social y la composición familiar, el grado de “paganismo” o cristianización, llevaron a Escandón a catalogar los grupos que encontraba en diferentes “naciones” o grupos. Como destaca Olvera, esta información se ha tomado como una fuente etnológica fidedigna para el estudio de las poblaciones indígenas de la región, sin mayor crítica ni contextualización; este cuestionamiento, y las propuestas de usos posibles, son centrales en la argumentación que incluye en el artículo.

Representaciones similares de “barbarie”, “salvajismo” e “incivilización”, pero elaboradas por los viajeros sobre el sujeto negro en Colombia durante el siglo XIX, son analizadas por **Orlando Deavila y Andrea Guerrero**. Los autores contextualizan estas obras en el marco decimonónico del determinismo, la definición de tipos, el racismo científico y los esfuerzos civilizadores. A pesar de las dificultades que representaba el mestizaje para los viajeros, pues hacía confusa la clasificación de los pobladores, asumieron que en las regiones costeras predominaban los negros de “raza pura” o ligeramente mezclados con “sangre india” o española, pero donde aún predominaban rasgos como las “narices chatas” o el “cabello lanudo”. Esta misma población de origen africano era vista como obstáculo para la civilización e integrada al paisaje, razones por las cuales los mismos viajeros que resaltaban su predominio en las tierras bajas, crearon una geografía racializada al calificar estos lugares como “bárbaros” e “indómitos”. Al mismo tiempo, Deavila y Guerrero ilustran diferentes

maneras en las cuales los cuerpos negros eran racializados, catalogados como inferiores por su apariencia o costumbres, y sexualizados. Sin embargo, en los relatos de viajeros también es posible encontrar la agencia, los mecanismos de resistencia, de la población afrodescendiente.

Un problema similar es planteado por **Ronald Soto** para el caso costarricense en el lapso comprendido entre 1885 y 1930. En este caso, la presencia de viajeros extranjeros, mayoritariamente estadounidenses, está marcada por la construcción del ferrocarril al Caribe para la exportación de materias primas, principalmente café, que incidió en la lectura e interpretación del paisaje. Los esfuerzos civilizatorios de entonces estaban encaminados a blanquear a la población para civilizarla; no obstante, la demanda de mano de obra para la construcción del ferrocarril atrajo una importante migración afrocaribeña, especialmente jamaquina. Al igual que ocurrió en el caso colombiano, los viajeros que visitaron Costa Rica también consideraron que “la gente de color” predominaba, difundieron estereotipos sobre ellos, y racializaron el paisaje que habitaban. Por ejemplo, los afrocaribeños fueron asociados con el cultivo de banano y la capacidad para trabajar en tierras bajas, bajo el sol inclemente, labores para las cuales, en contraste, no era apta la población costarricense calificada como “blanca”.

En definitiva, el conjunto de artículos que se publica en este número incorpora la revisión de relatos de viaje provenientes de diferentes tiempos, lugares y formatos, unos más conocidos, otros menos y otros por conocer. La gran respuesta a la convocatoria del Anuario implicó una ardua labor de selección editorial apoyada en los resultados de la evaluación por pares anónimos. Infortunadamente no todos pudieron ser publicados, se necesitarían tres tomos para poder hacerlo y lamentamos haber tenido que ser tan estrictos. Lo anterior es indicativo de que el área de estudio está lejos de agotarse, sino que se encuentra totalmente vigente y en constante renovación. Con estas ideas en mente, la pertinencia, la calidad, la renovación y la innovación, se debieron seleccionar los artículos.

Así, un elemento transversal que se ha querido resaltar en esta breve introducción, y que se puede seguir a lo largo de las siguientes páginas, es el de dos rutas de viajes que convergen en forma asincrónica. La ruta histórica, la de los viajeros estudiados, y la historiográfica, la del viaje que los propios historiadores aquí reunidos llevan a cabo a través de las diversas prácticas de recolección, análisis, interpretación y escritura. Esta última incluye nuevas temáticas, visiones y espacios de observación hacia quienes, en un momento determinado, recorrieron y describieron con particular interés América Latina. Se trata, entonces, de acercamientos historiográficos contemporáneos que permiten resaltar y rescatar vacíos y discontinuidades en la historiografía tradicional basada en estas fuentes que son consideradas, todavía por muchos en la actualidad, como convencionales o de interés contextual. En ellos, se ponen en perspectiva críticamente los trabajos de los viajeros, se analiza la mirada viajera mediante el prisma del historiador -y su presente- a través de la experiencia del viaje y de la escritura, de la mediación de los múltiples intereses socio-culturales y políticos en el proceso de publicación y de la puesta a disposición del ávido público

de la época los resultados de sus incursiones por territorios considerados inhóspitos y muy ajenos a la visión occidental eurocéntrica que permeaba la época.

Además de lo ya comentado, que podría considerarse como motivo suficiente para incentivar la lectura de este número del Anuario, también se encontrará estimulado el lector con vías e interrogantes sobre las que construir nuevos caminos de exploración en un corpus cada vez más abundante de este tipo de literatura. Gracias al extenso proyecto mundial de digitalización bibliotecaria que incluye los libros de viajeros, y del que muchos de los trabajos aquí recogidos se han beneficiado, nuevos derroteros se perfilan para el investigador del siglo XXI. Se abre la provocación para seguir viajando.